

E. M. Forster

Pasaje a la India

Traducción de José Luis López Muñoz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *A Passage to India*

Primera edición: 1981

Sexta edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Sabrina Michaud con su hijo Romain en un elefante cerca de Kaziranga, India

© Album / R. y S. Michaud / akq-images

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © The Provost and Scholars of King's College, Cambridge, 1924, 1979

© de la traducción: José Luis López Muñoz

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1981, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-109-1

Depósito legal: M. 5.686-2018

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Primera parte: Mezquita

- 13 Capítulo primero
- 17 Capítulo 2
- 37 Capítulo 3
- 54 Capítulo 4
- 59 Capítulo 5
- 80 Capítulo 6
- 92 Capítulo 7
- 120 Capítulo 8
- 149 Capítulo 9
- 168 Capítulo 10
- 171 Capítulo 11

Segunda parte: Cuevas

- 185 Capítulo 12
- 190 Capítulo 13
- 200 Capítulo 14
- 226 Capítulo 15
- 231 Capítulo 16
- 244 Capítulo 17
- 250 Capítulo 18
- 259 Capítulo 19
- 269 Capítulo 20

287	Capítulo 21
289	Capítulo 22
310	Capítulo 23
316	Capítulo 24
346	Capítulo 25
356	Capítulo 26
373	Capítulo 27
382	Capítulo 28
386	Capítulo 29
398	Capítulo 30
406	Capítulo 31
421	Capítulo 32

Tercera parte: Templo

425	Capítulo 33
437	Capítulo 34
444	Capítulo 35
455	Capítulo 36
474	Capítulo 37
485	Glosario

*A Syed Ross Masood
y a los diecisiete años
de nuestra amistad.*

Primera parte

Mezquita

Capítulo primero

Si se exceptúan las cuevas de Marabar –y están a treinta kilómetros de la ciudad–, Chandrapore no tiene nada de extraordinario. Limitada, más que bañada, por el Ganges, sigue su curso por espacio de unos tres kilómetros y apenas es posible distinguirla de los detritos que el río deposita con gran generosidad. Como el Ganges no es allí sagrado, no existen escalinatas para bañarse y, en realidad, no puede hablarse de vistas sobre el río, ya que los bazares cierran por completo el amplio y cambiante panorama de su corriente. Las calles son miserables, los templos carecen de interés y, aunque existen unas cuantas casas notables, están escondidas entre jardines o al fondo de avenidas tan descuidadas que solo la persona que ha sido invitada personalmente se siente con ánimos para llegar hasta ellas. Chandrapore no ha sido nunca una ciudad grande o hermosa, pero hace doscientos años estaba situada en el camino entre el norte de la In-

día –entonces imperial– y el mar, y las casas nobles datan de ese periodo. El gusto por la decoración se extinguió en el siglo XVIII y tampoco puede decirse que fuera jamás democrático. En los bazares no existen pinturas y las esculturas son excepcionales. La misma madera parece hecha de barro y sus habitantes son como barro en movimiento. Todo lo que se ve resulta tan insignificante y tan monótono que cuando el Ganges baja crecido cabría esperar que hiciese desaparecer esas excrescencias que forman la ciudad, devolviéndolas a la tierra. Es cierto que algunas casas se hundan, y hay personas que se ahogan y llegan a descomponerse después *in situ*, pero la silueta de la ciudad en cuanto tal no se modifica, hinchándose un poco aquí y encogiéndose otro poco allá, como si se tratara de alguna forma de vida elemental e indestructible.

Hacia el interior la perspectiva cambia. Existe un gran *maidan* de forma oval y un largo hospital amarillento. Las casas que pertenecen a los euroasiáticos están en alto, junto a la estación de ferrocarril. Más allá de la línea férrea –que corre paralela al río– la tierra desciende primero para después, de manera bastante abrupta, volver a subir. En este segundo altozano se encuentra la reducida zona residencial de los funcionarios ingleses, y si se la ve desde aquí, Chandrapore parece un lugar completamente distinto: una ciudad de jardines y, más que una ciudad, un bosque –en el que apenas se encuentra alguna cabaña de cuando en cuando– o un parque tropical bañado por un noble río. Las palmeras, las margosas, los mangos y las higueras de las pagodas, todos los árboles escondidos detrás de los bazares, se hacen ahora visibles

y ocultan a su vez los edificios. Se alzan en jardines donde antiguos aljibes los alimentan, estallan en suburbios sofocantes y rodean templos carentes de belleza. Buscando luz y aire, y dotados de más fuerza que el hombre o sus obras, se remontan sobre el sedimento inferior para saludarse unos a otros con ramas y hojas que se hacen señas y con las que construyen una ciudad para las aves. En especial, cubren, después de las lluvias, lo que sucede debajo, pero siempre, incluso cuando están abrasados o han perdido todas las hojas, se encargan de embellecer la ciudad para los ingleses que viven en lo alto, de manera que los recién llegados no quieren creer que sea tan mezquina como se les había descrito y se hace necesario pasearlos por ella para que se desilusionen. En cuanto a la zona residencial de los funcionarios, no provoca emociones. No cautiva a nadie ni a nadie repele. Planeada con sentido común, tiene delante un club de ladrillos rojos y detrás una tienda de comestibles y un cementerio; los búngalos, por su parte, están colocados a lo largo de calles que se cruzan en ángulo recto.

No hay nada que sea horrible, pero solo el panorama es hermoso; tampoco comparte nada con la ciudad, a excepción del cielo que todo lo cubre.

También el cielo tiene sus cambios, aunque menos pronunciados que los de la vegetación y el río. A veces las nubes le dan relieve, pero de ordinario es una cúpula de colores mezclados, con predominio del azul. Durante el día el azul palidece hasta convertirse en blanco allí donde toca el blanco de la tierra; al ponerse el sol esa franja adquiere una nueva tonalidad: un anaranjado que se disuelve hacia lo alto en el más suave de los morados.

Pero el núcleo azul persiste, y lo mismo sucede de noche. Entonces, las estrellas cuelgan como lámparas de la inmensa bóveda. La distancia entre la tierra y los astros no es nada si se la compara con la distancia que hay detrás, y esta, aunque más allá del color, es la última que se libra del azul.

El cielo lo determina todo: no solo el clima y las estaciones, sino también cuándo la tierra se embellecerá; por sí misma es muy poco lo que puede hacer: únicamente débiles explosiones florales. Pero si el cielo así lo decide, llueve gloria sobre los bazares de Chandrapore o hay una bendición que cruza de un lado a otro el horizonte. El cielo puede hacerlo gracias a su fuerza y a su enormidad. La fuerza le viene del sol, que se la infunde diariamente; el tamaño descomunal, de la postración de la tierra. Ni una sola montaña quiebra la planicie. Legua tras legua la tierra permanece llana, se alza un poco, vuelve a bajar. Solo al sur un grupo de puños y dedos, surgidos del suelo, interrumpen la interminable llanura. Esos puños y esos dedos son las colinas de Marabar, donde están ubicadas las extraordinarias cuevas.

Capítulo 2

Abandonando su bicicleta, que cayó al suelo antes de que un criado pudiera sujetarla, el joven subió al porche de un salto, rebosante de animación.

–Hamidullah, Hamidullah; ¿llego tarde? –exclamó.

–No te disculpes –dijo su anfitrión–. Siempre llegas tarde.

–Haz el favor de contestarme. ¿Llego tarde? ¿Es que Mahmoud Ali ya se lo ha comido todo? Si es así me iré a otro sitio. Señor Mahmoud Ali, ¿cómo está usted?

–Gracias por su interés, doctor Aziz; me estoy muriendo.

–¿Muriéndose antes de cenar? ¡Pobre Mahmoud Ali!

–Nuestro amigo Hamidullah ya se ha muerto. Falleció en el momento en que entraba usted con su bicicleta.

–Efectivamente –dijo el otro–. Imagina que hablamos contigo desde un mundo distinto y mucho más feliz.

–¿Acaso existe una cosa llamada narguile en ese mundo vuestro mucho más feliz?

–Aziz, no digas frivolidades. Estamos hablando de cosas muy tristes.

El tabaco del narguile estaba demasiado apretado, como sucedía con frecuencia en casa de su amigo, y el agua burbujeaba malhumorada. Aziz estuvo persuadiéndolo pacientemente hasta que por fin cedió y el aroma del tabaco penetró a raudales por su nariz y sus pulmones, expulsando el humo de las hogueras, alimentadas con estiércol de vaca, que los había invadido mientras el joven médico cruzaba el bazar. Era delicioso. Aziz se hundió en un trance –sensual pero sano– desde el que la conversación de los otros dos no resultaba particularmente triste: discutían si era posible ser amigo de un inglés. Mahmoud Ali mantenía que no, Hamidullah disentía, pero haciendo tantas salvedades que en realidad no existía desacuerdo entre ellos. Era realmente delicioso estar tumbado en el amplio porche, viendo salir la luna y oyendo detrás preparar la cena a los criados, sin tener que enfrentarse con ningún problema.

–Basta recordar lo que me ha sucedido esta misma mañana.

–Solo afirmo que es posible en Inglaterra –replicó Hamidullah, que había estado en ese país hacía mucho tiempo, antes de la gran diáspora, y había sido cordialmente recibido en Cambridge.

–Aquí es imposible. ¡Fíjese, Aziz! El chico de la nariz encarnada ha vuelto a insultarme en el juzgado. No le culpo a él. Le habían dicho que tenía que insultarme. Hasta hace poco era un buen chico, pero los otros se han encargado de cambiarlo.

–Es verdad; aquí no tienen la menor posibilidad; eso es lo que digo. Llegan queriendo comportarse como caballeros, pero les dicen que no puede ser. Acuérdense de Lesley o de Blakiston; ahora es el chico de la nariz encarnada y después le llegará el turno a Fielding. Todavía recuerdo la primera aparición de Turton. Fue en otra zona de la provincia. No me creerán ustedes, pero yo he ido con Turton en su coche. ¡Nada menos que Turton! Hubo un tiempo en que éramos muy amigos. Llegó a enseñarme su colección de sellos.

–Ahora tendría miedo de que se la robaras. ¡Turton! Pero ¡ya verás como el chico de la nariz encarnada será mucho peor que Turton!

–Creo que no. Todos llegan a ser exactamente iguales, ni peores, ni mejores. Le doy dos años a cualquier inglés; no importa que se apellide Turton o Burton: la diferencia es únicamente una letra. Y a las inglesas les doy seis meses. Todos son exactamente iguales. ¿No está de acuerdo conmigo?

–Yo no –replicó Mahmoud Ali, que participaba en aquella amarga diversión, sintiendo al mismo tiempo dolor y regocijo con cada palabra que se pronunciaba–. Por mi parte, encuentro profundas diferencias entre quienes nos gobiernan. Nariz Encarnada masculla, Turton habla con gran claridad, la señora Turton acepta sobornos, la esposa de Nariz Encarnada ni los acepta ni podría aceptarlos aunque quisiera, porque, de momento, no existe.

–¿Sobornos?

–¿No sabía que cuando, con motivo del proyecto del Canal, pasaron a la burocracia de la India Central, un rajá o algo parecido le regaló a la señora Turton una má-

quina de coser de oro macizo para conseguir que el agua pasara por su provincia?

—¿Y ahora pasa por allí?

—No, cosa que demuestra la gran habilidad de la señora Turton. Cuando nosotros, pobres gentes de color, nos dejamos sobornar, hacemos lo que se quiere que hagamos, de manera que la justicia nos descubre. Los ingleses aceptan el soborno y no hacen nada. Son admirables.

—Todos los admiramos. Aziz, haz el favor de pasarme el narguile.

—Aún no: todavía me resulta muy agradable.

—Eres un chico muy egoísta. —Hamidullah alzó la voz de repente, pidiendo la cena. Los criados respondieron a gritos que ya estaba lista. Querían decir que les gustaría que ya estuviera lista y así lo entendieron todos porque nadie se movió. Después Hamidullah continuó, pero con una actitud distinta, evidentemente emocionado.

—Fíjense en el caso del joven Hugh Bannister. Se trata del hijo de mis queridos amigos, ya muertos, el reverendo Bannister y su esposa, cuya bondad conmigo en Inglaterra nunca podré olvidar ni describir como es debido. Fueron unos padres para mí, y hablaba con ellos como lo estoy haciendo ahora con ustedes. Durante las vacaciones, la rectoría era mi hogar. Me confiaban a sus hijos; al pequeño Hugh lo llevaba auestas con frecuencia: fui con él al funeral de la reina Victoria y lo tuve en brazos, levantándolo por encima de la multitud.

—La reina Victoria era diferente —murmuró Mahmoud Ali.

—He sabido hace poco que ese muchacho se dedica a los negocios y comercia con cueros en Cawnpore. Imagi-

nen lo mucho que deseo verlo y pagarle el viaje para que esta casa pueda ser su hogar. Pero sé que es inútil. Los otros angloindios le habrán convencido hace ya mucho tiempo. Probablemente pensará que quiero algo y no soportaría yo una cosa así del hijo de mis antiguos amigos. ¿Qué es lo que ha hecho que todo vaya mal en este país, *Vakil Sahib'i* A usted se lo pregunto.

Aziz intervino.

—¿Por qué hay que hablar de los ingleses? Br... ¿Por qué hay que ser amigos o enemigos de esas gentes? Vamos a prescindir de ellos y a disfrutar nosotros. La reina Victoria y la señora Bannister eran las únicas excepciones y ya se han muerto.

—No, no, no estoy de acuerdo; he conocido otras.

—Yo también —dijo Mahmoud Ali, cediendo inesperadamente—. No todas las señoras son iguales.

Su actitud estaba cambiando, y recordaron pequeñas amabilidades y detalles de cortesía.

—Dijo «Muchísimas gracias» de la forma más natural.

—Me ofreció una pastilla para la tos cuando el polvo me irritaba la garganta.

Hamidullah recordaba ejemplos más importantes de socorros angélicos, pero Mahmoud Ali, que solo conocía ingleses de la India, tuvo que escudriñarse minuciosamente la memoria para encontrar algo, y no es sorprendente que terminara volviendo a decir:

—Pero, por supuesto, todo eso es excepcional. La excepción no confirma la regla. La inglesa media es como la señora Turton y ya sabe usted cómo es esa señora, Aziz.

Aziz no lo sabía, pero dijo que sí. También él generalizaba a partir de sus desilusiones; a los miembros

de una raza sometida les resultaba difícil hacerlo de otra manera. Reconocidas las excepciones, estuvo de acuerdo en que todas las mujeres inglesas eran altivas y banales. La conversación perdió su brillo, aunque su fría superficie se desplegara y extendiera interminablemente.

Un criado anunció la cena. Todos le ignoraron. Los dos varones de más edad habían llegado a su tema eterno, la política, y Aziz se escabulló para acabar en el jardín. Los árboles despedían un dulce aroma –campacanes de verdes floraciones– y le vinieron a la mente fragmentos de poesía persa. Cena, cena, cena..., pero cuando volvió a la casa buscándola, también Mahmoud Ali se había alejado para hablar con su *sais*.

–Ven un momento a ver a mi mujer –dijo Hamidullah, y se pasaron veinte minutos detrás del *pardab*.

Hamidullah *Begum* era tía lejana de Aziz, y su única pariente femenina en Chandrapore; en esta ocasión tenía mucho que contarle sobre una circuncisión en la familia que no se había celebrado con todo el esplendor debido. Resultó difícil marcharse, porque las mujeres solo empezaban a cenar cuando terminaran los hombres, y, por consiguiente, prolongó sus observaciones para evitar toda posible sospecha de impaciencia. Después de censurar la circuncisión, se ocupó de temas afines, y le preguntó a Aziz cuándo iba a casarse.

–Una vez es suficiente –le contestó su sobrino, respetuosamente, pero algo irritado.

–Ya ha cumplido con su deber –dijo Hamidullah–. No le molestes más. Saca adelante a su familia, dos varones y una niña.

–Tía, viven muy cómodamente con la madre de mi mujer, en el sitio donde vivía ella cuando se murió. Los veo siempre que lo deseo. Todavía son muy pequeños.

–Les manda todo su sueldo, vive como un modesto oficinista y no le explica a nadie la razón. ¿Qué más quieres que haga?

Pero Hamidullah *Begum* no se refería a eso, y después de cambiar cortésmente de conversación durante unos instantes, volvió al tema y explicó su idea.

–¿Qué va a ser de todas nuestras hijas si los hombres se niegan a casarse? –dijo–. Tendrán que casarse mal, o...

Y empezó a contar la historia, tantas veces repetida, de una dama emparentada con la familia imperial que no encontraba marido dentro del estrecho círculo con el que su orgullo le permitía relacionarse; el resultado era que vivía soltera –cumplidos los treinta–, y que moriría soltera, porque nadie querría ya casarse con ella. Mientras avanzaba el relato logró convencer a los dos hombres: aquella tragedia parecía un desdoro para toda la comunidad; casi era mejor la poligamia que dejar morir a una mujer sin las alegrías que Dios le ha destinado. Matrimonio, maternidad, poder en la casa..., ¿para qué otra cosa había nacido, y cómo podría, el hombre que se las negara, enfrentarse con el Creador en el día del juicio? Aziz se despidió diciendo: «Quizá..., pero más adelante», su invariable respuesta ante aquella petición.

–No está bien retrasar lo que creas justo –dijo Hamidullah–. Esa es la razón de que la India esté en una situación tan crítica: siempre lo dejamos todo para más adelante.

Pero al notar que su joven pariente daba la sensación de estar preocupado, añadió unas palabras tranquiliza-

doras, borrando así todo posible efecto de la conversación con su esposa.

Durante su ausencia, Mahmoud Ali se había marchado en su coche dejándoles un mensaje en el que decía que solo estaría ausente cinco minutos, pero que no esperaran por él. Se sentaron a cenar con un primo lejano de la familia, Mohammed Latif, que vivía de la hospitalidad de Hamidullah y ocupaba una situación ambigua, ni de criado ni de miembro de la familia con plenos derechos. Solo hablaba si se le dirigía la palabra y, como nadie habló, mantuvo un silencio que nada tenía de altivo. De cuando en cuando eructaba, como elogio a la esplendidez de la comida. Un anciano cortés, alegre y deshonesto, que no había trabajado en toda su vida. Mientras alguno de sus parientes tuviera una casa estaba seguro de disponer de un hogar, y era muy poco probable que todos los miembros de una familia tan numerosa llegaran a arruinarse. Su esposa llevaba una existencia similar a unos centenares de kilómetros de distancia; Mohammed Latif no iba a visitarla debido al gasto que suponía el billete del tren. Aziz empezó enseguida a bromear a su costa y también a costa de los criados; luego citó distintos poemas: en persa, en urdu y un poco en árabe. Tenía buena memoria y había leído mucho para su edad; los temas que prefería eran la decadencia del Islam y la brevedad del amor. Le escucharon encantados, porque sus interlocutores veían en la poesía una actividad social, en lugar de considerarla un asunto privado como sucede en Inglaterra, y nunca se cansaban de oír palabras y más palabras; se limitaban a respirarlas junto con el frescor de la noche, sin detenerse nunca a analizarlas; el nom-

bre de los poetas, Hafiz, Hadi, Iqdal, era garantía suficiente. La India –un centenar de Indias– susurraba fuera bajo la luna indiferente, pero en aquel instante la India les parecía una y exclusivamente suya, y recobraron su perdida grandeza al oír lamentar su desaparición, y volvieron a sentirse jóvenes al recordárseles que la juventud se esfuma. Un criado de ropa carmesí le interrumpió; era el *chuprasi* del cirujano jefe y traía una nota para Aziz.

–Callendar quiere verme en su búngalo –dijo, sin levantarse–. Podía tener la cortesía de decir para qué.

–Algún enfermo, supongo.

–Imagino que no, imagino que para nada. Se ha enterado de la hora a la que cenamos, eso es todo, y nos interrumpe todas las veces para poner de manifiesto su poder.

–Es cierto que siempre hace eso, pero puede que esta vez se trate de un caso importante –dijo Hamidullah, procurando, cortésmente, facilitar el camino de la obediencia–. ¿No tendrías que lavarte los dientes después de tomar *pañi*?

–Si tengo que lavarme los dientes no iré. Soy indio y tomar *pan* es una costumbre india. El cirujano jefe tendrá que aguantarse. Mohammed Latif, mi bicicleta, por favor.

El pariente pobre se puso en pie. Escasamente inmerso en el reino de las cosas materiales, colocó una mano sobre el sillín de la bicicleta, mientras un criado se ocupaba activamente de transportarla. Entre los dos lograron que pasara sobre una tachuela. Aziz extendió las manos bajo el aguamanil, luego se las secó, se encasquetó su sombrero verde de fieltro y, con inesperada energía, salió a gran velocidad de la residencia de Hamidullah.